

La reivindicación después del auge

Cómo recomponer el movimiento estudiantil

por Andrea Abarca*

Cuando hablamos de movimiento estudiantil, inevitablemente se nos viene a la memoria la imagen de miles de estudiantes marchando en las calles en 2011. En ese momento, el movimiento fue capaz de instalar transformaciones estructurales en el debate público, como la demanda por una educación gratuita, de calidad y libre de lucro, que no solo tensionó el modelo educativo, sino que cuestionó la lógica de mercado como principio organizador de la educación y, por ende, de la sociedad.

Hoy, ese movimiento, pese a que sigamos gritando los mismos cánticos, ya no se expresa de la misma forma, existiendo cierta nostalgia de lo que fue. Se recurre a la narrativa de que desaparecimos o que el movimiento ya tuvo su auge, pero muchas demandas de hace más de 10 años siguen vigentes y la explicación no es simplemente la baja participación. Lo que enfrentamos en la actualidad es algo más profundo: una crisis de vínculo en el seno de la base social. No es novedad mencionar que el mundo estudiantil se enfrenta a una situación interna de desarticulación, mermado por las lógicas individualistas que se han profundizado a través de la validación del "academia core" y la cultura de la persecución del éxito que eclipsa el pensamiento crítico de nuestras realidades y que relega al estudiante a una falsa dicotomía entre estudiar y organizarse para hacer frente a las adversidades cotidianas que presencia en las aulas y su casa.

Impacto de la pandemia

A más de cuatro años del retorno a la presencialidad tras la pandemia, las organizaciones estudiantiles han logrado recomponerse en algunos espacios. Es innegable en el análisis que el confinamiento interrumpió procesos clave, cerrando las salas de clases y aumentando las brechas de aprendizaje; pero poco se menciona acerca de la rotura del tejido social que hacía posible no solo la articulación, sino que también

la interacción entre pares. Por un lado, ello promovió la falta de traspaso generacional de experiencias, de saberes y de formación. Por otro, la pérdida de pertenencia a una comunidad, expresado muchas veces en sus casas de estudio, siendo las escuelas y universidades un mero lugar de paso en donde se adquiere conocimiento y luego este se utiliza para ganar dinero. Las aulas se dejaron de entender como un espacio en donde el saber es más que sólo leer y reproducir, y el patio como un articulador fundamental para los puntos comunes de la sociedad.

Pero sería un error circunscribir las causas de esta crisis únicamente a la pandemia. Existe una dificultad para articular un horizonte común que convoque de manera sostenida. No es que no existan problemas o injusticias, es que no han logrado convertirse en un proyecto compartido capaz de movilizar más allá de las coyunturas. Se pasa de diagnóstico a problematización, pero no se logra un plan concreto, un qué hacer que conduzca un accionar transversal, llegando a un estancamiento del movimiento estudiantil. El movimiento estudiantil, en ese sentido, se ha vuelto reaccionario, y los pocos esfuerzos que se abocan a transfor-

marlo en accionario muchas veces se ven coartados.

Tensiones de mercado

A todo lo anterior se suma la masificación de oferta de la educación superior que no vino acompañada de condiciones materiales dignas ni planificación que entregue un conocimiento de calidad basado en las necesidades de progreso de nuestro país. Hoy estudiar implica endeudamiento, precariedad laboral, problemas de salud mental y sobrecarga académica. En ese escenario, participar no es solo un acto de voluntad, sino una posibilidad condicionada por el nivel socioeconómico y por factores estructurales que, en la práctica, delimitan quiénes pueden participar y quiénes no. En ese sentido, la gratuidad si bien significó un avance sustantivo para el acceso a la educación superior, en la práctica es una medida frágil que arroja, por un lado, a los estudiantes a un sistema altamente segmentado y estereotipado, y, por otro, a las universidades a sobrevivir financieramente a través del voucher. En resumen, la educación continúa operando bajo tensiones de mercado que limitan su comprensión como derecho social.

Este escenario se vuelve aún más crítico en un contexto político marcado por amenazas de retroceso en derechos.

En este marco, el principal desafío del movimiento estudiantil es reinventar el tejido social estudiantil y dotarlo de contenido. Que el estudiante pueda reconocerse parte de una comunidad que debe defender para sí mismo, para los que están y para los que vienen. Por sobre todo, que ese reconocimiento vaya de la mano con una acción colectiva que permita a todos y todas avanzar a ese horizonte, independiente de los vectores a trazar para alcanzarlo.

Construir mayorías

Para afrontar el desafío, se vuelve indispensable disputar el sentido común dentro y fuera de la universidad. El movimiento estudiantil fue fuerte cuando logró instalar sus demandas en el conjunto de la sociedad, convocando no sólo a quienes estudian, sino también a la sociedad entera convenciendo que la educación es un derecho y no un servicio dependiente del mercado, y lo respaldó como un consenso nacional. En ese sentido, los estudiantes tenemos la responsabilidad política de construir mayorías que defiendan lo conquistado, pero que también puedan empujar los límites de lo establecido e instalar demandas. Un movimiento no se sostiene solo desde la defensa de lo que ya existe o de lo que ya fue, sino desde su capacidad de imaginar y disputar futuros posibles.

La fuerza del movimiento estudiantil nunca ha radicado únicamente en su capacidad de movilización, sino en su arraigo social. Cuando ese arraigo se debilita, incluso las demandas más justas pierden fuerza. Por eso, el desafío no es solo volver a marchar y llenar las calles principales del país, sino volver a construir un movimiento que se sienta propio y con un ideario capaz de ser reconocido claramente incluso por los que no están de acuerdo.

Frente a este escenario, el desafío no es solo recomponer la participación, sino avanzar hacia un nuevo ciclo de transformaciones con contenido claro. Esto implica empujar la universalización de la gratuidad, como derecho y no como beneficio vía voucher; fortalecer la educación pública y su financiamiento; avanzar en condiciones materiales dignas para estudiar, desde salud mental hasta tener infraestructuras adecuadas de estudio; y profundizar procesos de democratización al interior de las instituciones. Sobre todo, supone actualizar las demandas históricas incorporando nuevas dimensiones, como la equidad de género, la inclusión y el bienestar integral. No se trata únicamente de resistir retrocesos, sino de construir un proyecto educativo que vuelva a ser comprensible, necesario y convocante como una necesidad para empujar el desarrollo del país. ■

*Presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago (FEUSACH) y portavoz de la CONFECH



Mauricio Guajardo, de la serie Obras Murales, Ventana V (Granito), 2025
(Gentileza Galería Artespacio)